



A0879

14/02/2000

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA INAUGURACIÓN DE LA SEDE DEL CONSEJO GENERAL DE COLEGIOS OFICIALES DE GRADUADOS SOCIALES

Madrid, 14-02-2000

Señor presidente, queridas amigas y amigos,

Doy las gracias muy encarecidamente, porque además sé que me encuentro entre amigos, y lo agradezco muy especialmente. Ésa es, como recordaba el presidente del Colegio, la sensación que siempre he tenido al compartir con vosotros jornadas de trabajo o jornadas de celebración, como es este caso. Gracias, por lo tanto, por haberme invitado a la inauguración de vuestra nueva sede.

Como se ha dicho, creo que esta ocasión tiene un significado muy especial a comienzos de este año 2000, al celebrar el 75 aniversario del nacimiento de vuestra promoción. Yo creo que, efectivamente, el camino que habéis recorrido los graduados sociales, desde que en 1925 se fundó la Escuela Social, es, como se recordaba ahora mismo y recordaba el Ministro de Trabajo, lo que ha permitido convertirlos en eje central del mundo del trabajo y, por supuesto, de la creación de empleo. Sois más de 25.000 profesionales y hoy quiero deciros, una vez más, que desempeñáis una tarea fundamental en la sociedad española.

Pero, aunque sea un día, por lo tanto, de celebración, yo quiero que me permitáis aprovechar este encuentro también para trabajar un poco y, por lo tanto, para comentaros brevemente cómo veo yo el futuro de la política de empleo en España.

Como se sabe, el empleo ha estado en el centro de la acción política del Gobierno a lo largo de los últimos cuatro años. La sociedad española necesitaba, y necesita aún, más y mejores empleos. Se trata, por lo tanto, de una aspiración permanente y legítima de nuestra sociedad, que se está haciendo realidad en los últimos años.

Un empleo de calidad es el resultado de políticas acertadas, de estabilidad económica, de reforma permanente y de fomento de la innovación; un empleo que deberá convertirse en la garantía última del bienestar, de la cohesión social y del futuro de los sistemas de protección social.

Con el esfuerzo y la colaboración de todos podemos dirigir nuestra mirada hacia un horizonte de pleno empleo en la próxima década. Es una justa y legítima aspiración de

nuestra sociedad; lo es para todos los europeos y lo es aún más para los españoles, que hemos sufrido más intensamente que otros el problema social y personal del desempleo durante décadas. Es una meta alcanzable, si la convertimos en la prioridad de la acción política.

Hoy, por lo tanto, los españoles sabemos que es posible conseguir el pleno empleo y sabemos que el trabajo es la mejor garantía de la libertad y del bienestar.

Yo creo que en la memoria de todos está bien presente la realidad de las últimas décadas. Tras el trauma de la emigración forzosa llegó a nuestro país el inmenso fracaso del paro masivo; un drama que incluso se quiso teorizar como algo inevitable e ineludible. Teorías pseudocientíficas predicaron el fin del trabajo, el ocio obligatorio o el reparto del empleo; en definitiva, el racionamiento de la escasez. Y todavía hay quien se mantiene hoy en ese error.

Estos cuatro años han demostrado que el planteamiento acertado era otro. Creo que ya nadie está en condiciones de negarlo. De una creación media anual de 79.000 nuevos empleos hemos pasado a 445.000 nuevos empleos anuales. El ritmo se ha más que quintuplicado. Pero no sólo es lo que se ha creado, sino es también por quiénes y en dónde.

Durante muchos años el sector público fue el destino de casi la mitad de todos los nuevos empleos y, aún así, o tal vez por ello, o a causa de ello, o por culpa de ello, el paro llegó a un 25 por 100 de la población activa. Hace poco tiempo de todo esto y cada vez a los españoles nos suena más como una historia lejana.

Tanto y tan radicalmente ha cambiado el panorama laboral español en estos últimos cuatro años. Hoy mismo hemos conocido los últimos datos de la Encuesta de Población Activa. Por primera vez en nuestra historia, hemos pasado los 14 millones de ocupados en nuestro país. Hoy, 1.870.000 españoles más que en 1996 tienen un empleo; en el año 1999 hay 700.000 nuevos empleos en España. Podemos estar satisfechos, por lo tanto, de que en nuestro país se haya creado más de la mitad de los puestos de trabajo de toda Europa y de que el desempleo haya descendido desde el 23 por 100 al 15 por 100. En el año 1999, más de 400.000 parados menos; de 1996 a final de 1999, más de un millón de parados menos.

Hoy el nuevo empleo público supone tan sólo el 7 por 100 del nuevo empleo, lo cual quiere decir que es el empuje y la confianza de las empresas pequeñas y grandes el gran motor de la creación de empleo en España.

Ahora bien, estos avances nos deben llevar a la reflexión y a la voluntad de mejora, más que a la autosatisfacción. Nadie debe caer en la complacencia cuando analiza, sobre todo, la enorme labor que nos queda aún por delante. En esta línea, mi objetivo para la próxima legislatura será la creación de 1.400.000 nuevos empleos, lo cual nos permitirá reducir el nivel del desempleo por debajo de la media europea. Éste es un objetivo absolutamente posible, realista, y que es un paso fundamental en la consecución del objetivo ambicioso, al que antes me refería, del pleno empleo.

En mi opinión, en el mercado laboral español siguen existiendo hoy tres grandes problemas que debemos afrontar para alcanzar nuestros objetivos: el primero es la gran

desigualdad que existe entre mujeres y hombres, no sólo en el acceso al empleo, sino también en la existencia de nuevas discriminaciones en el desempeño del trabajo de la mujer; el segundo problema es la existencia de profundas divergencias regionales en empleo y paro, porque en España hoy, en estos mismos momentos, coexisten zonas en las que faltan trabajadores y otras con una tasa de paro que triplica la media europea; y el tercero es una tasa de temporalidad todavía demasiado alta, muy por encima de lo que puede justificarse por razones de estacionalidad o de duración de ciertas actividades económicas.

Yo creo que éstos son los tres obstáculos fundamentales para nuestra equiparación laboral con Europa y, en consecuencia, los objetivos prioritarios deben ser la superación clara de estos obstáculos.

Bien sabemos que no existen recetas mágicas; hay, eso sí, políticas acertadas y otras que llevan al fracaso. Creo que en los últimos cuatro años se han puesto en marcha políticas que producen buenos resultados y que sobre esa base debemos seguir avanzando.

Ahora hay quienes propugnan, desde las políticas del pasado, introducir nuevas rigideces en nuestra legislación laboral. Yo creo que la sociedad española tiene que saber que ése es el modo mejor de poner en riesgo lo que hemos conseguido. El camino recorrido es justamente otro, y tiene que seguir siendo otro.

El diálogo social ha permitido, con la cooperación de todos, introducir las reformas necesarias, y la cooperación y el diálogo social tienen que seguir siendo el instrumento fundamental de nuestro progreso. Por eso yo deseo que en los próximos cuatro años el diálogo social esté prioritariamente presente a la hora de abordar, al menos, las siguientes cuestiones que me parecen fundamentales: la adaptación del acuerdo para la estabilidad en el empleo; la renovación del Pacto de Toledo; el desarrollo del nuevo servicio público de empleo; la mejora en la prevención de los riesgos laborales; la extensión del trabajo a tiempo parcial y el desarrollo de las políticas activas o la nueva Formación Profesional. Todos estos temas deben ser objeto de acuerdo con los interlocutores sociales.

En los próximos cuatro años la acción del Gobierno debe centrarse en tres grandes objetivos: consolidar el alto crecimiento económico, transformar ese crecimiento en una intensa creación de puestos de trabajo --hoy la Encuesta de Población Activa nos decía que el empleo está creciendo a un ritmo del 5'28 por 100 anual como media; para las mujeres está creciendo más del 8 por 100-- y hacer que esas nuevas oportunidades de empleo lleguen a todos.

Para mí, el crecimiento del empleo requiere mantener el marco de confianza y, si no se mantiene, no será posible tener esos ritmos de creación de empleo. La estabilidad y las reformas estructurales son, por lo tanto, las bases firmes sobre las cuales sostener un crecimiento económico duradero para nuestro país; pero también hay que asegurar que ese crecimiento sea intensivo en empleo. Por ello, necesitamos un mercado de trabajo más adaptable y una población activa más formada o, por usar una horrible palabra cuyo uso se ha ido popularizando, más "empleable".

Para conseguir esto y para lograr que esa diferencia se vaya reduciendo, nuestro crecimiento económico no debe ser débil en crecimiento de empleo, sino intensivo en

trabajo. Para ello son precisas nuevas modificaciones del mercado de trabajo y una intensificación en las políticas activas.

Yo creo que la reforma del mercado de trabajo debe ser para todos una obligación permanente en un contexto de cambio y de competencia global. Las políticas activas son una apuesta irrenunciable. Yo creo que no se debe condenar a nadie al subsidio, porque es una obligación social ofrecer a todos los desempleados nuevas oportunidades.

Nos proponemos, en consecuencia, poner los medios para que todo joven desempleado, antes de seis meses, pueda tener una nueva oportunidad de formación, de reciclaje, de prácticas laborales, de empleo o de cualquier otra medida que pueda favorecer su inserción profesional; y también ofrecemos una nueva oportunidad para los desempleados adultos en los doce primeros meses de paro.

Creo que la reforma del Servicio Público de Empleo es una necesidad inaplazable; un servicio integrado en la Administración General del Estado, que colabore con las Comunidades Autónomas y con los agentes sociales en el diseño de políticas activas y en la garantía de la unidad del mercado laboral.

Para alcanzar este último propósito, especialmente, tenemos que desarrollar en los próximos años un plan de movilidad geográfica, que facilite la cobertura de todas las ofertas de empleo mediante la mejora de la labor de intermediación y el apoyo de los desplazamientos temporales, además de la gestión de la protección contra el desempleo, que quedará garantizada por parte del Estado dentro del sistema de Seguridad Social.

Creo que en el mundo actual también la seguridad en el empleo y las oportunidades de mejora las proporciona una buena educación y, por eso, debemos acentuar la orientación hacia el empleo de toda la Educación. Hace falta una nueva Formación Profesional, y alcanzarla es una gran responsabilidad de todos. Un acuerdo nacional debe ser el cauce para desarrollar un nuevo sistema de Formación Profesional, de alta calidad tecnológica, flexible y adaptado a las demandas del mundo empresarial.

Asimismo, creo que es absolutamente imprescindible impulsar un programa general de prácticas en empresas para asegurar que todos los alumnos de enseñanzas técnicas tengan un período de prácticas de alto nivel formativo. Hay que mejorar los contratos de carácter formativo para convertirlos en un modo habitual de iniciar la vida laboral que conduzca, en muchos casos, a relaciones de empleo estable.

Por último, hay que asegurar que los nuevos empleos y que las nuevas oportunidades lleguen a todos. Ello implica, de forma muy particular, seguir trabajando para compatibilizar la vida laboral y familiar. Me parece inadmisibles que el desempleo se pueda convertir en un problema específico de la mujer y eso la sociedad española ni puede, ni debe, ni tiene, que permitirlo.

Que el empleo llegue a todos quiero decir que incluye también a los trabajadores de mayor edad. Digo claramente que las prejubilaciones no pueden ser una forma de dejar a un lado a personas preparadas y capaces de seguir aportando su esfuerzo y su trabajo a la sociedad. Eso es una fuente de insatisfacción personal, de problemas y un despilfarro también inadmisibles para la sociedad española.

Queridas amigas y amigos,

Estoy convencido, en consecuencia, de que es posible vencer la batalla del empleo. No hemos estado nunca en mejores condiciones para hacerlo y las transformaciones que tenemos que acometer requieren sumar el trabajo de todos a un gran proyecto. Todos tenemos un papel fundamental que desempeñar aquí: a nosotros, a los responsables políticos, a los gobernantes, nos corresponde cumplir una parte, y sin duda muy importante; pero a todos corresponde cumplir la suya: a los trabajadores, a los sindicatos, a las empresas, a las organizaciones empresariales y a la sociedad en general. Y estoy seguro de que, para conseguirlo, contaremos con el insustituible apoyo de los graduados sociales.

Por eso he querido, además de inaugurar esta casa, de daros las gracias y estar entre muy buenos amigos, deciros lo que me parecen los retos y las iniciativas más importantes de los próximos cuatro años para nuestro país. Si las conseguimos, habremos conseguido un cambio histórico en España.

Gracias por vuestra invitación y mucho éxito.